

Los comentaristas del *Facundo* y sus prejuicios¹: respuesta a Adriana Amante y a Elías Palti

Ariel de la Fuente²

La tinta con la que se escribe la historia no es otra cosa que prejuicios en estado líquido.

Mark Twain.³

Decimos que un autor es *original* cuando ignoramos las transformaciones ocultas a las que sometió a otros autores en su propio trabajo.

Paul Valéry.⁴

En más de una ocasión, colegas que leyeron el ensayo que dio origen a este intercambio me han preguntado: ¿cómo puede ser que quienes estudiaron el *Facundo* no se hayan dado cuenta antes? La perplejidad que refleja esa pregunta tiene su razón de ser: es difícil creer que tratándose no de una obra marginal sino de uno de los libros fundamentales de la cultura argentina y uno de los que más han concentrado el interés de comentaristas e investigadores, no tuviéramos ni idea de la existencia y la circulación de estos textos precursores. Nuestra perplejidad no sería mayor si hoy viniésemos a descubrir, por ejemplo, que el *Martín Fierro* no fundó la poesía gauchesca y que antes

¹ Según el *Diccionario de uso del español* de María Moliner, “prejuizar” significa “juzgar sobre algo sin datos suficientes” y “prejuicio” quiere decir “juicio que se tiene formado sobre una cosa antes de conocerla”.

² Department of History, Purdue University, Estados Unidos. Email: delafuen@purdue.edu.

³ “The very ink with which all history is written is merely fluid prejudice”, *Following the Equator: A Journey Around the World*. New York, Dover Publications, 1989, p. 699. Si no cito al traductor, la traducción es mía.

⁴ “Nous disons qu'un auteur est *original* quand nous sommes dans l'ignorance des transformations cachées qui changèrent les autres en lui”, Paul Valéry, “Lettre sur Mallarmé”, en *Variétés I et II*. Paris, Gallimard, 2009, p. 278. Énfasis en el original.

existieron los cielitos de un tal Bartolomé Hidalgo. Sí, así de monumental e inexcusable la omisión.

Voy a intentar aquí explicar por qué no nos dimos cuenta antes o, lo que es lo mismo, voy a reflexionar acerca de cómo se ha escrito sobre el *Facundo*. Esta reflexión, espero, también nos debería ayudar a imaginar abordajes algo diferentes a los que en las últimas décadas han dominado el estudio de este libro. Para ello voy a considerar en otros tantos apartados las siguientes cuestiones: primero, la evaluación que hacen los comentaristas del aporte de mi ensayo al estudio del *Facundo*; segundo, el problema de las pobrísimas investigaciones de que ha sido objeto la obra y las limitaciones que esto impone a su comprensión; tercero, me parece fundamental entender los prejuicios con que se siguen abordando el *Facundo* y la figura de Sarmiento, fenómeno tanto más pernicioso porque esas "idées reçues" (dignas del diccionario de Flaubert) pasan inadvertidas y continúan moldeando la explicación de la obra; cuarto, repensar la originalidad del libro; finalmente, cerrar con algunas observaciones sobre las cuestiones que se podrían considerar a partir de los resultados de mi investigación.

Pero antes de adentrarme en el tema, las inexactitudes de los comentarios y su tono me obligan a hacer una aclaración: al contrario de lo que dicen Elías Palti y Adriana Amante, no cuestiono ni el valor literario ni político del *Facundo*, así como tampoco "denuncio" a Sarmiento (¿cuál sería el sentido de esto último?). El objetivo principal de mi trabajo no ha sido llegar a un juicio de valor, ni sobre la obra ni sobre su autor, sino tratar de explicar el libro y en particular el proceso creativo que llevó a su realización, es decir, tratar de *entender cómo trabajaba Sarmiento*. Y enfatizo esto porque, en definitiva, nuestro oficio no es consagrar o defenestrar figuras históricas sino reevaluar permanentemente las formas en que intentamos conocer el pasado. Mis críticas no van dirigidas ni a Sarmiento ni al *Facundo*, sino a los estudios sobre ese libro. En este sentido, otro de los aspectos decepcionantes de la participación de Amante y Palti es que no surge de su propia reflexión ninguna contribución para una futura agenda de investigación porque, evidentemente, piensan que no queda nada por hacer.

I. Evaluación de la contribución del ensayo

Empecemos, entonces, con la evaluación de la contribución del ensayo según los comentarios. Dice Amante que "la hipótesis central constituye un aporte": es decir, estamos ante fuentes cuya utilización por parte de Sarmiento para escribir el *Facundo*

está fuera de discusión y que contienen la explicación de civilización y barbarie, lo que demuestra que "el origen intelectual de las ideas que sustentan el planteo de la dicotomía no es indefectiblemente europeo ni creado por Sarmiento". Concomitantemente, Palti dice que a partir de mi ensayo

nos queda una visión mucho más clara de hasta qué punto la mayor parte, sino todas las ideas que retoma Sarmiento en su obra, si bien fueron acuñadas por pensadores europeos, no le llegaron a él directamente de ellos sino por intermedio de una serie de autores locales que pusieron a circular dichas ideas en nuestro medio varios años antes de que él tuviera acceso a ellas.

Es decir que, a partir de la evidencia que presento, tanto Palti como Amante aceptan terminar con uno de los prejuicios que han dominado la explicación de los orígenes intelectuales de la fórmula: que las influencias intelectuales de Sarmiento fueron exclusivamente "grandes lecturas" europeas y estadounidenses; y concuerdan en que su fórmula también surgió de textos locales y "menores". Finalmente, Amante también está de acuerdo con mi propuesta de ampliar el marco temporal de la investigación de la dicotomía "civilización y barbarie" desde la década de 1840 a las de 1820 y 1830.

No obstante, un tanto contradictoriamente con los comentarios citados más arriba, Palti dice que ya se sabía que la fórmula había circulado antes (Amante también objeto en términos similares).⁵ Aquí es importante hacer dos precisiones.

La primera: no caben dudas de que *algunos* sabían que los conceptos de civilización y barbarie habían circulado con anterioridad, pero mi ensayo no se limita a confirmar que antes del *Facundo* ya se habían usado esas categorías o incluso que ya se concebían como dicotomía (ese fue el aporte de Félix Weinberg): lo que mi trabajo muestra por primera vez es que la mayor parte de los contenidos que Sarmiento le dio a esa fórmula en 1845 (unitarios como civilizados y federales como bárbaros, la oposición ciudad-campo, la inmensidad de la pampa y el aislamiento como origen de la barbarie, Quiroga como el bárbaro y el déspota más representativo, la orientalización del caudillismo, etc.) habían sido desarrollados en las décadas de 1820 y 30 y -tan relevante como eso- hago ver que esa forma específica que había tomado la dicotomía "civilización y barbarie" era parte del discurso del unitarismo. Esto, hasta donde yo sé, nunca había sido propuesto.

⁵Amante dice que no adjudicarle la creación de la fórmula a Sarmiento "es ya un lugar común de la crítica sarmientina".

La segunda precisión: *ahora* Palti dice que él ya sabía que la dicotomía era anterior a Sarmiento, lo cual *contradice completamente* lo que leemos en sus publicaciones. Por ejemplo en un artículo cuyo subtítulo es "la *génesis* de la fórmula "civilización y barbarie", nos habló de ella como "la fórmula que Sarmiento *originalmente concibió*"⁶, es decir, que nos explicó que esa dicotomía debía su existencia en el contexto argentino pura y exclusivamente al original análisis de Sarmiento. Más aún, en cuatro trabajos sobre el *Facundo* publicados *a lo largo de casi dos décadas no hay ninguna evidencia (ni siquiera en notas)* de que efectivamente supiera que esa fórmula hubiese circulado antes ni con qué características lo había hecho (al igual que Amante, Palti desconocía, incluso, la contribución de Weinberg).⁷ Me parece importante poner, historiográficamente hablando, las cosas en su lugar y así evitar que los lectores caigan en la confusión.

Pero le tomo la palabra. Aún así el comentario de Palti refleja los problemas que ha habido con el estudio del libro: porque *¿cómo se explica que, sabiendo que la fórmula "civilización y barbarie" había circulado antes, ni él ni otros hayan siquiera intentado conocer con qué características lo había hecho ni quienes habían sido los actores involucrados en su creación y difusión?* Esta pregunta es más relevante todavía si consideramos que, según nos dice ahora, su objetivo había sido estudiar esa cuestión *solo* en la obra del sanjuanino: "Lo que buscaba allí [en su artículo⁸] era tratar de entender cuál fue el sentido concreto que tomó esa fórmula en Sarmiento". Es fácil ver que los objetivos que Palti se propuso para su trabajo implican una lógica comparativa. Si lo que le interesaba ver era el "sentido" que Sarmiento le dio a la fórmula, esta propuesta en sí misma implica una diferencia y una comparación con el "sentido" que le dieron otros: entonces *¿no debería haber considerado el uso que de ella hicieron antes otros actores como, por ejemplo, los unitarios? Para hacernos entender cómo había sido la creación del sanjuanino ¿no tendría que haber explicado qué elementos de la fórmula tal como aparecían en el Facundo, eran nuevos y cuáles habían preexistido al*

⁶ Elías Palti, "Rosas como enigma: la génesis de la fórmula 'Civilización y Barbarie'", en Graciela Batticuore, Klaus Gallo y Jorge Myers (comps.), *Resonancias románticas: ensayos sobre historia de la cultura argentina (1820-1890)*. Buenos Aires, Eudeba, 2005, pp. 71-84. Énfasis agregado.

⁷ Además del artículo ya citado véase también Elías Palti, "Sarmiento: una aventura intelectual", en *Cuadernos del Instituto Ravignani*, Buenos Aires 1991; "Los Poderes del Horror: *Facundo* como Epifórica", en *Revista Iberoamericana*, vol. LXX, núm. 207, Pittsburgh, Abril-Junio de 2004, pp. 521-544; y *El momento romántico: Nación, historia y lenguajes políticos en la Argentina del Siglo XIX*. Buenos Aires, Eudeba, 2009, cap. 2.

⁸ Elías Palti, "Rosas como enigma", op. cit.

libro en Argentina? ¿Cómo pensó que podía explicar la fórmula en la obra de Sarmiento sin conocer cómo había sido antes? Sin embargo, en los trabajos de Palti no hay ninguna referencia (ni siquiera en notas) ni a la existencia ni a los contenidos de la fórmula civilización y barbarie antes de Sarmiento. En este sentido sus trabajos son una muestra típica de las deficientes investigaciones sobre este libro y de los prejuicios que han guiado esos estudios. De estos dos problemas, fundamentales para entender cómo se ha explicado el *Facundo* hasta hoy (o la omisión monumental e inexcusable de la que hablé al principio), me ocupo en las próximas dos secciones.

II. La pobreza de las investigaciones sobre el *Facundo*

Como dije al comienzo, el desconocimiento de los críticos respecto de la existencia de los discursos de civilización y barbarie antes del *Facundo* a menudo ha generado perplejidad en quienes han leído el ensayo o escuchado su exposición. ¿cómo puede ser que nadie se diera cuenta antes? ¿Cómo se les pasó? La respuesta involucra varios factores, incluyendo el de las paupérrimas investigaciones que, muy a menudo, están detrás de las publicaciones sobre el tema y que, gradual y complacientemente, han ido estableciendo los parámetros para los estudios de este libro. Considero que este es un problema fundamental (de allí el énfasis en el subtítulo del ensayo: “Fuentes para una nueva...”) y para ilustrarlo voy a analizar dos cuestiones: primero, respondiendo a los comentarios de Adriana Amante, quiero detenerme en la forma en que los estudios sobre el *Facundo* han tratado la *Revue des Deux Mondes* (de aquí en adelante *RDM*) y en segundo lugar, voy a retomar un pasaje del comentario de Elías Palti que nos va a permitir una reflexión complementaria sobre este problema.

Veamos, entonces, la cuestión de la *RDM*. En un momento de su ofuscación y tratando de descalificar mi argumento, Amante dice “que llega un punto en que todo se interpreta *bajo la especie de Lacordaire*” (énfasis en el original), lo que no es más que una elemental distorsión, ya que es muy evidente que el núcleo de mi propuesta gira en torno a la preexistencia del discurso unitario de “civilización y barbarie”, del cual el texto francés es una parte de la evidencia. Pero, además, la comentarista también me recuerda que ya otros han trabajado sobre la revista francesa y que, por supuesto, lo han hecho mucho mejor que yo, lo que sí vale la pena examinar porque en ese juicio

comparativo Amante implícitamente revela los parámetros de investigación que se manejan para el *Facundo* y de los cuales no parece ser consciente.

Para empezar recordemos que desde fines de la década de 1820 la *RDM* fue muy influyente en el mundo literario, científico y político transatlántico, lo que explica, entre otras cosas, que en 1846 Sarmiento mismo llevase, en busca de reconocimiento, un ejemplar del *Facundo* a las oficinas de la revista. Más importante, en el capítulo IX titulado “Guerra Social” Sarmiento se ocupa de la batalla de La Tablada y dice que “en la *Revista de Ambos Mundos* se encuentra brillantemente descrita”, en alusión al artículo de Theodore Lacordaire, aunque no nombra ni el título ni el autor. Es decir, Sarmiento nos señala con suficiente claridad una de sus fuentes y uno pensaría que los comentaristas del libro la habrían consultado repetidamente tratando de explotar al máximo sus posibilidades. Pero no ha sido así. ¿qué pasó entonces con esta revista y los estudios sobre el *Facundo*? Amante nos dice que en 1977 Nora Dottori y Silvia Zanetti la consultaron para la preparación de la edición de la Biblioteca Ayacucho, lo que dio por resultado una nota de 23 palabras en la que se limitaron a advertir sobre la influencia que ese artículo había tenido sobre Sarmiento. Amante también señala que en 2012 Sandra Contreras usó ese mismo artículo como fuente en el capítulo que preparó para el volumen sobre Sarmiento de la *Historia Crítica de la Literatura Argentina* (dirigido por Amante).⁹ Contreras estudia algunas estrategias de escritura en el *Facundo* y, para analizar cómo funcionan las descripciones, recurre al artículo en que Sarmiento dice, precisamente, que hay una batalla “brillantemente descrita”. Mi objetivo aquí no es evaluar el trabajo de Contreras; lo único que quiero señalar es que, *en cuanto al uso de la revista*, la autora se ha mantenido dentro de los muy explícitos límites que nos ha marcado el texto de Sarmiento: recurre al artículo que el autor nos hace entender muy claramente que usó, y lo usa para estudiar lo que el autor nos dijo precisamente que le había interesado en él: la descripción de la batalla. Pero para entender mejor la historia de la *RDM* en los estudios sobre el *Facundo* es necesario saber que en 1964 Paul Verdevoye había revisado el mismo artículo.¹⁰ Esto (que Amante desconoce) cambia la perspectiva sobre el uso de la revista y nos permite sacar una primera conclusión: en lo que va de Verdevoye (1964) a Contreras (2012), vemos que *nos tomó medio siglo*

⁹ Sandra Contreras, “Facundo: la forma de la narración”, en Adriana Amante (comp.), *Sarmiento*. Buenos Aires, Emecé, 2012, tomo 4 de la colección *Historia crítica de la literatura argentina*, dirigida por Noé Jitrik, pp. 67-93.

¹⁰ Paul Verdevoye, *Domingo Faustino Sarmiento, educar y escribir opinando (1839-1852)*. Buenos Aires, Plus Ultra, 1988 [1964], p. 395.

volver a investigar el mismo artículo, al cual, no olvidemos, Sarmiento aludió en bastardilla, como para que no pasara inadvertido.

Hasta donde yo sé, ésta es la demasiado breve historia de la influyente revista como fuente para el estudio del *Facundo*, lo que en sí mismo refleja la pobreza de las investigaciones sobre este libro. Y es más decepcionante aún cuando entendemos algunos de los supuestos que explican por qué los críticos no han usado la *RDM*. Como señalé arriba, los dos colegas que en un espacio de 48 años investigaron la revista lo hicieron para leer únicamente el artículo aludido por el autor. Ahora bien, conociendo la curiosidad intelectual de Sarmiento y su parasitismo literario es difícil entender que quienes han estudiado el libro no hayan considerado *la posibilidad* de que, si bien solo aludió al artículo sobre la batalla de La Tablada, pudiera haber leído otros textos de la misma revista *aunque no los nombrara*; de que tal vez Sarmiento había usado la revista para otras secciones del libro que no estaban directamente relacionadas con aquella batalla. Es decir, no han sabido aplicar el conocimiento generado por la crítica (Sarmiento como parásito literario) para guiar su investigación y profundizarla. Y esto ocurre porque, admitámoslo, los comentaristas le han creído demasiado a Sarmiento: han registrado sólo la información que el texto del *Facundo* nos presenta muy obviamente y su lectura ha sido literal. El meollo de la cuestión, me parece, es que no se ha entendido de qué trata la alusión al artículo sobre La Tablada: no es una cita, no es una referencia bibliográfica con la cual el autor busca justificar ante sus pares el origen y la confiabilidad de la información que presenta (Sarmiento no era un académico); no, la alusión al artículo de Lacordaire *es la huella que dejó en el texto del Facundo la lectura de los varios volúmenes de la revista, es el rastro del interés de Sarmiento por la revista en general y no por un autor o un artículo en particular*. Por lo tanto, en vez de pensar que la *RDM* solo debía ser consultada por quienes querían comentar la batalla o que lo único de valor que contenía era el artículo que mencionaba Sarmiento, lo que había que hacer era algo muy básico: había que hojear los varios volúmenes de la revista. Eso es lo que hice y así pude identificar “Une estancia” que, a su vez, me permitió conocer la forma que se había escrito la oposición ciudad y campo antes de Sarmiento y me alertó sobre otra dimensión de la circulación del discurso de “civilización y barbarie” en la década de 1820. Por supuesto que la curiosidad y voracidad lectora de Sarmiento tampoco se limitó a un segundo artículo. La exploración de la revista también me permitió conocer otros textos leídos por el sanjuanino,

incluyendo uno de Lacordaire titulado “Moeurs des Jaguars de l’Amérique du Sud” cuyo análisis me permitió llegar a la conclusión de que ese artículo era una de las fuentes del relato de la pelea de Facundo con el tigre, que abre el capítulo V. Es decir, un simple cambio de perspectiva sobre el significado de la alusión al artículo de La Tablada me dio la posibilidad de salir de los límites muy estrechos que nos había impuesto el autor y que los comentaristas habían aceptado durante demasiadas décadas. En otras palabras, ese cambio de mirada me permitió “crear” más fuentes, “construir” información nueva para estudiar el *Facundo*.

Y por supuesto, además de entender que la alusión al artículo de Lacordaire no era una cita sino la huella de la lectura de la revista también era necesario acercarse al *Facundo* con otros supuestos: considerar *por lo menos la posibilidad* de que cuando leíamos, por ejemplo, “La hierra, que es como la vendimia de los agricultores...”, estábamos leyendo algo que Sarmiento no había creado de la nada, que esa prosa podría haber surgido de *otros textos que se podían conocer* y no solamente de la divina e inescrutable creatividad del sanjuanino.

Para Amante, entonces, el hecho de que *cada medio siglo* un crítico vuelva a leer *sólo el artículo que Sarmiento señaló en bastardilla* es un logro digno de mencionar y una muestra de la gran calidad de los estudios sobre el *Facundo*. Para mí, no. Por el contrario, creo que esta manera casi elemental de leer el libro y la consecuente insuficiencia de las investigaciones han sido las que, en parte, explican que nunca nos hayamos enterado de la forma que había tomado la dicotomía “civilización y barbarie” en el discurso unitario de la década de 1820, mientras seguíamos insistiendo en Tocqueville, en el artículo de La Tablada o en cualquier otro título o autor que Sarmiento quiso subrayarnos en el texto.

Para que veamos el problema de la pobreza de las investigaciones desde una perspectiva algo diferente quiero volver al pasaje del comentario de Elías Palti que cité en la sección anterior. En él, Palti nos dice que a partir de mi ensayo

nos queda una visión mucho más clara de *hasta qué punto la mayor parte, sino todas las ideas* que retoma Sarmiento en su obra, si bien fueron acuñadas por pensadores europeos, no le llegaron a él directamente de ellos sino por intermedio de una serie de *autores locales que pusieron a circular dichas ideas* en nuestro medio varios años antes de que él tuviera acceso a ellas. (énfasis agregado)

Aquí Palti hace, inadvertidamente, un diagnóstico del estado del conocimiento sobre el *Facundo*. Dice que no tenía claro “hasta qué punto” a Sarmiento “la mayor parte, sino todas las ideas” le habían llegado a través de mediadores locales. Esto revela claramente que Palti (y otros) no entendieron la forma en que trabajaba Sarmiento: porque, para poner un ejemplo, leer directamente a Montesquieu, detenerse y pensar en la cuestión del despotismo que nos presenta ese filósofo y luego volverse sobre la realidad Argentina y llegar a la conclusión de que quien mejor encarna ese concepto es el General Quiroga, es una operación radicalmente diferente a la de encontrar, en la prensa local, esa cuestión resuelta hasta en el detalle de las anécdotas que debían servir para demostrar la calidad de déspota del caudillo riojano. Es decir, estamos ante dos tipos de procesos creativos diferentes, y Palti creyó que lo que había hecho Sarmiento era lo primero y no lo segundo. Y este diagnóstico también pone en evidencia que desconocía aspectos importantes del clima de ideas y de prácticas intelectuales que hicieron posible el *Facundo*: ignoraba los textos de intelectuales de segunda y tercera línea y, efectivamente, pensaba que sólo Sarmiento y otros pocos podían estar a la altura de esas lecturas e interpretaciones.

Ahora bien, esta confusión y desconocimiento también son consecuencia de las deficientes investigaciones. Por ejemplo, para explicar el origen de la fórmula “civilización y barbarie” Palti recurre a textos de sólo tres autores disponibles en cómodas ediciones canónicas: Sarmiento, Alberdi y Mármol.¹¹ Nada más. ¿Diarios y revistas escritos por intelectuales de segunda o tercera línea? No. ¿Fuentes inéditas? Ninguna. ¿Archivos? Tampoco. Es decir, ninguna fuente que nos permita entender otras prácticas intelectuales, otros ámbitos de circulación de lecturas e ideas o, simplemente, que nos saque del cerco documental y conceptual que nos ha tendido la crítica anterior. Y, si esto en sí mismo es ya un problema serio, es más grave aún el hecho de que, en cuatro publicaciones sobre Sarmiento cuyas fechas de aparición cubren 18 años (1991-2009),¹² no hay ninguna evidencia de que jamás haya usado la correspondencia del archivo personal de Sarmiento, cuyo primer volumen (1838-1854) fue publicado en 1988.¹³ Lo menciono porque la correspondencia personal es una de las fuentes básicas para el estudio de cualquier escritor. Es, insisto, difícil de creer que en tantos años de

¹¹ Elías Palti, “Rosas como enigma”, op. cit.

¹² Elías Palti, “Rosas como enigma”, op. cit.; *Sarmiento: una aventura intelectual*, op. cit.; “Los Poderes del Horror”, op. cit., y el cap. 2 de *El Momento Romántico*, op. cit.

¹³ *La Correspondencia de Sarmiento. Primera Serie: Tomo I Años 1838-1854*. Córdoba, Poder Ejecutivo de la Provincia de Córdoba, 1988, advertencia y compilación de Carlos Segreti.

trabajo sobre el tema un investigador no haya encontrado en las cartas del autor que investiga algo que nos ayude a entender su obra. ¿Será posible que ese epistolario de Sarmiento sea completamente inútil y que de él no podamos aprender nada? No: en mi caso, la lectura de esa correspondencia fue importante en más de un sentido y, entre otras cosas, me ayudó a identificar *La Aurora Nacional* como una de las fuentes del libro, y a entender el contenido de la dicotomía “civilización y barbarie” en los discursos políticos de la década de 1820 y 1830.

Por otra parte, la escasísima y previsible documentación que utiliza Palti refleja muy bien otro de sus equivocados supuestos: todos los textos que cita fueron publicados a partir de 1837 porque es obvio que para él (como para muchos otros) la cuestión de “civilización y barbarie” fue una creación exclusiva de esa generación. Ese es un dato que no se cuestiona, y por eso jamás se le ocurrió que tal vez hubiese que examinar este problema en la década anterior. Es decir, su muy limitada investigación tampoco le permitió entender el marco temporal del desarrollo de esta interpretación de la Argentina. No debería sorprendernos, entonces, que no haya en sus trabajos *ninguna referencia (ni siquiera en una nota)* a la presencia de esa fórmula en el discurso del partido unitario.

Este repaso por las fuentes que utilizó Palti y los supuestos que lo guiaron nos proporciona en sí mismo otra respuesta al “¿cómo no se dieron cuenta antes?” que formularon los colegas sorprendidos: su explicación está, en parte, en la pobreza de las investigaciones.

III. Los prejuicios

Hice breves referencias antes a uno de los prejuicios que insensiblemente permean todavía los estudios sobre el *Facundo*: el de la excepcional agudeza y creatividad de Sarmiento, quien, gracias a sus particularmente iluminadoras lecturas noratlánticas, habría desarrollado por sí solo una interpretación única de la Argentina. Este prejuicio ha influido no solamente en la explicación del desarrollo de la dicotomía “civilización y barbarie” sino también en la de la elección por parte de Sarmiento del protagonista del libro y en la de la representación de la figura de Facundo. Son estas dos últimas cuestiones (la elección de Quiroga como sujeto de la biografía y su imagen en el

libro) que quiero repasar en esta sección. Para ello voy a considerar un capítulo del volumen dedicado a Sarmiento en la *Historia Crítica de la Literatura Argentina* (sobre el que adelanté una crítica parcial en mi ensayo) y luego voy a señalar los problemas de la explicación que nos da Palti sobre estas cuestiones.

Veamos el primer caso. En un capítulo sobre Sarmiento y la biografía,¹⁴ Patricio Fontana explica la elección del protagonista del *Facundo* diciendo que Sarmiento “se basó en el concepto de *matriz hegeliana* del ‘grande hombre’ u ‘hombre representativo’, al que accedió posiblemente por el *Cours de l’histoire de la philosophie*, del francés Víctor Cousin”¹⁵ publicado en 1828. No obstante, nos dice Fontana, Sarmiento introdujo dos innovaciones en la propuesta del filósofo francés: en vez de contarnos la vida de un héroe o un genio del bien (por ejemplo una figura de la independencia) decidió escribir la historia de un caudillo bárbaro y, además, decidió trabajar con el anecdotario del protagonista, materiales bastardos que, según el filósofo francés, no debían entrar en las biografías de los grandes hombres. Esta explicación, que subraya la singularidad de Sarmiento, sigue a la que, en el mismo tono, propusieron otros críticos. Así, nos dice el mismo Fontana,

Tanto Raúl Orgaz como Noé Jitrik indicaron que, *al definir a Quiroga como “grande hombre”, Sarmiento hizo una aplicación excepcional de la tesis de Cousin*¹⁶ (énfasis agregado).

Entonces, también en cuanto a la elección del sujeto de la biografía y la imagen de Facundo, la explicación gira en torno a una “gran lectura” europea y a la “aplicación excepcional” que de ella hizo el sanjuanino. Así Sarmiento entendió lo que nadie había comprendido antes (Orgaz dice “Con penetración admirable [Sarmiento] percibió...”): que el general Quiroga era la encarnación de la barbarie, y que sus numerosas anécdotas permitían explicarlo como tal. Sin embargo, si la contrastamos con lo que ahora conocemos del discurso unitario, la explicación de Fontana se hace insostenible: como muestro en el ensayo, los publicistas unitarios ya habían identificado a Quiroga como el arquetipo del bárbaro (de hecho hablaban de él como “genio”) y recurrían a un gran repertorio de anécdotas para explicar su historia (su biografía); y todo esto sin que haya hasta ahora ninguna evidencia de que hubiesen leído a Cousin. Más aún, la explicación de Fontana no resiste la más elemental verificación cronológica: para 1828 (año de la

¹⁴ Patricio Fontana, “El libro más original: Sarmiento lector y autor de biografías”, en Amante (comp.), *Sarmiento*, op. cit., pp. 421-450.

¹⁵ *Ibidem*, p. 435.

¹⁶ *Ibidem*, p. 436.

publicación de la obra de Cousin) los publicistas unitarios ya explicaban a la Argentina con el paradigma de "civilización y barbarie" y construían discursivamente la figura del caudillo que mejor representaba ese conflicto (para no hablar de que todo esto ocurría cuando Sarmiento no había ni siquiera comenzado a escribir). No caben dudas de que Sarmiento cita a Cousin pero esa sola comprobación no puede explicar lo que pretende Fontana. En el mejor de los casos podemos pensar que esa lectura filosófica puede haberle ayudado a Sarmiento a ver una oportunidad en esos discursos públicos pre-existentes, o puede haberle ayudado a pulir su narración.

Es revelador que quienes ponen un énfasis determinante en las grandes lecturas de Sarmiento y en su singular agudeza analítica nunca hayan intentado investigar y entender los discursos sobre el caudillo Quiroga *antes* del *Facundo* porque es evidente que *nunca se plantearon que tal cosa pudiese existir*. Y, mal que nos pese, esta superstición de la crítica ha sobrevivido más de lo justo: la propuso Orgaz en 1940, la aceptó Jitrik en 1977 y la repite Fontana en 2012. Es decir, con los mismos prejuicios y sin investigación, la "nueva" crítica nos cuenta lo que ya nos dijo Orgaz 72 años antes.

Antes de pasar a la variante que propone Palti quisiera agregar una observación. En mi ensayo ya adelanté parcialmente la crítica precedente, lo que me valió otro sermón de Amante: "los equivocados supuestos [de Noé Jitrik] son, en todo caso, los de Orgaz". Ahora bien ¿si Jitrik los aceptó y los adoptó, por qué tienen que ser sólo de Orgaz?. ¿Por qué eximir a Jitrik de mi muy limitada crítica? (no hace falta aclarar que yo no cuestiono su trayectoria sino apenas una de sus explicaciones). ¿O será que en los estudios sobre el *Facundo* todavía rige el criterio de autoridad?

Veamos ahora lo que nos propone Palti sobre la elección del caudillo riojano como protagonista del libro. La decisión refleja, según él, el desafío explicativo que planteaba el caudillo porteño (habla de "Rosas como problema") y la estrategia retórica con que Sarmiento responde a ese desafío. En su comentario Palti nos dice que Sarmiento se interesa en Quiroga y decide escribir sobre él porque la figura del riojano "le permite precisar y revelar al lector dónde reside aquello que la figura de Rosas tiene de incomprensible, absurdo" o que "la figura de Facundo sirve a Sarmiento, precisamente, para destacar todo lo que Rosas tiene de inaudito". Estas explicaciones surgen de un artículo en el que el comentarista trató más específica y extensamente esta

cuestión y que es el texto que voy a considerar aquí. En ese trabajo Palti dice que Sarmiento eligió al riojano como protagonista de la biografía porque

Facundo *es y no es* Rosas; marca a la vez aquello de que nace Rosas y también todo lo que hay de inconcebible en él (en la barbarie “hecha sistema”). Por eso es que para referirse a Rosas, Sarmiento debe escribir sobre Facundo. Porque a Rosas (ese gran “agujero negro”, como la boca del Vesubio) no hay forma de designarlo *directamente*; sólo se lo puede referir *epifóricamente*, mostrando lo que *es y no es* (neti-neti)¹⁷ (énfasis en el original)

El lenguaje afectado y oscuro y las imágenes que se quieren grandiosas son frecuentes en las publicaciones de Palti, gesto que refleja su aproximación al estudio del libro: una de las funciones del historiador sería la de mantener al *Facundo* en el canon. Pero, en estos casos, en vez de dejarse impresionar, conviene simplemente preguntar: ¿qué evidencia hay de que Sarmiento no pudiese escribir sobre “la barbarie ‘hecha sistema’”? ¿por qué a Rosas “no hay forma de designarlo *directamente*”? Al contrario de lo que nos dice el comentarista, la investigación sobre la fórmula “civilización y barbarie” en las décadas de 1820 y 1830 permite ver que el supuesto desafío retórico que implicaba Rosas (y la consiguiente elección de Facundo como protagonista) no fue tal. Primero, y como he mostrado, en los usos de los escritores unitarios de 1829-31 la interpretación del conflicto político como la lucha entre civilización y barbarie también incluía, pero como personajes menos representativos y como figuras discursivamente menos desarrolladas, a otros caudillos, entre ellos Rosas. Es decir, para Sarmiento la supuesta imposibilidad de hablar de Rosas como bárbaro e insertarlo en esa explicación de la Argentina no era tal, aunque sí era, evidentemente, menos atractiva, no tan “típica” y mucho menos narrable que la de Quiroga. Segundo, en el *Facundo*, como también lo mostré en el ensayo, Sarmiento no tuvo ningún problema en escribir sobre “la barbarie hecha sistema” de Rosas; más aún, cuando lo hace y compara sistemáticamente al gobierno del caudillo porteño con la administración de una estancia, logra una de sus páginas más memorables. Finalmente, entre las evidencias que presenté en el ensayo hay una que nos demuestra que carece de sentido decir que a Rosas “no hay forma de designarlo *directamente*”: he mostrado que a partir de un párrafo de *La Aurora Nacional* en que se explica cómo el aislamiento de la vida en el campo ha hecho de Rosas un bárbaro, Sarmiento generaliza y construye una observación sociológica que va a servir para dar cuenta de todos los bárbaros, incluyendo a Facundo. Ahora bien, para

¹⁷ Elías Palti, “Los poderes del horror”, op. cit., p. 536.

que esa generalización funcione, para que deje de ser una explicación del carácter de Rosas en particular y se transforme en una observación que incluya a otros como él, en la reescritura de ese pasaje Sarmiento *elimina* toda referencia al caudillo porteño. Así, lo que las fuentes nos dejan ver sobre el proceso de escritura es que no es cierto que a Rosas "no hay forma de designarlo *directamente*": en realidad Sarmiento usó la explicación *ya existente* de la barbarie de Rosas (nadie había tenido ningún problema en "designarlo") para explicarnos la de Facundo y otros gauchos como él. Es decir, *hizo lo opuesto de lo que, sin información, aventuró Palti: Sarmiento usó el caso de Rosas para poder explicar a otros* (Quiroga entre ellos). Esto en cuanto al falso "problema" de Rosas (que por otra parte es apenas una variante un poco más rebuscada que la que propuso Alberto Palcos en la década de 1930 y que luego repitieron otros).

Pero resta justificar la elección de Quiroga. En mi ensayo propongo que la situación política de la década de 1840 solo explica la decisión de escribir contra el federalismo y los caudillos y el momento en que Sarmiento lo hace. Pero no puede dar cuenta de la elección del sujeto de la biografía. ¿Por qué? Porque cuando investigamos la figura pública de Quiroga en 1820-30, encontramos que los unitarios ya habían insertado a Quiroga dentro de la fórmula de "civilización y barbarie", y no marginalmente, sino como el arquetipo del caudillo bárbaro; es decir, Facundo ya era en las décadas de 1820 y 1830 el caudillo que mejor justificaba e ilustraba (constituía) esa interpretación de la Argentina. Así, en las lecturas que Sarmiento frecuentaba no había civilización y barbarie sin Quiroga y éste no se podía explicar sin aquéllas. Por lo tanto no es difícil ver que la elección de Sarmiento involucró la adopción de la fórmula y del personaje como términos virtualmente inseparables de una misma explicación: eligiendo uno, elegía también al otro. Que la elección del protagonista va de la mano con la decisión de adoptar la fórmula se hace todavía más claro cuando comprobamos que la mayoría de los hechos con los que Sarmiento define al bárbaro eran los mismos a los que habían recurrido los unitarios para ubicarlo en la famosa dicotomía, correspondencia que además se da hasta en los detalles de la expresión. Para resumir este punto: Sarmiento extrae de sus lecturas *la fórmula y el personaje* porque así se le presentan en ellas y porque sabía que así se había entendido en Argentina.

Por último, para terminar de comprender por qué la explicación de Palti carece de fundamento, es necesario recordar que en sus trabajos (como en el de Fontana y otros) no hay *ni una* referencia o reflexión acerca de la figura pública del General

Quiroga *antes* del *Facundo*. Es evidente que no solo ignoraba los rasgos y cualidades con que la opinión pública había dotado al caudillo riojano sino que *jamás se detuvo ni siquiera a considerar que tal fenómeno pudiese existir*. Este total desconocimiento de la historia de Facundo antes del *Facundo* ha hecho que Palti buscase la explicación de la elección de ese caudillo como el sujeto de la biografía *solamente en Sarmiento*; lo cual refleja, una vez más, el muy ortodoxo prejuicio con que ha abordado el libro: su convencimiento de que la excepcional originalidad del sanjuanino le permitía crear de la nada (o simplemente leyendo a grandes autores noratlánticos).

**

Antes de considerar la cuestión de la originalidad quisiera señalar la consecuencia más importante que han tenido la pobreza de las investigaciones y los prejuicios que han guiado el análisis del *Facundo*: los estudios sobre este libro no han avanzado como sí lo han hecho, por ejemplo, aquellos que han explorado otros temas de historia intelectual o los que se han ocupado de la historia rural o la historia política. Para poner esta cuestión en perspectiva es interesante escuchar a los organizadores del Congreso *La biografía colectiva en la historia intelectual latinoamericana*, que se realizó en noviembre de 2014 en la Universidad de Quilmes. En una de las circulares los organizadores celebraron “la profunda renovación” de la historia intelectual en las últimas tres décadas y la explicaron de esta manera:

Si la historia de las ideas había puesto el foco en décadas pasadas...en sus grandes textos y en “sus intelectuales faros”...los nuevos desarrollos...tienden a repensarlos dentro de tramas político-culturales más vastas. El foco se fue abriendo, pues, desde el lugar central ocupado por los grandes creadores intelectuales a lugares menos iluminados o espectaculares, acaso secundarios, emergentes o residuales, pero ocupados por figuras que desempeñan funciones intelectuales no menos significativas que las del gran productor en el campo intelectual, sea como creadores menores, divulgadores, difusores...redactores de una revista... [nueva perspectiva que recomienda prestar atención a] los textos de autores menores que han sido afluentes tributarios en la génesis de un pensamiento central.¹⁸

No me resulta difícil estar de acuerdo, en términos generales, con esta declaración ya que cualquiera que lea mi ensayo podrá ver varios puntos de coincidencia con ella. Ahora bien, también es fácil concluir que en el caso del libro de Sarmiento muy poco de esto se ha hecho. Por lo tanto, si aceptamos como parámetros deseables los principios historiográficos enunciados en la circular, está claro que en el

¹⁸ 2do. Congreso de Historia Intelectual de América Latina: *La biografía colectiva en la historia intelectual latinoamericana*, Segunda Circular, distribuida en la Red Clio.

caso de los estudios sobre el *Facundo* no ha habido tal renovación. Y esto se debe no a que no estemos “actualizados” sino a, por lo menos, otras dos cuestiones. Por un lado, la idea de la excepcionalidad de Sarmiento como creador original ha resultado ser un prejuicio demasiado arraigado como para ser superado con nuevas lecturas teóricas o metodológicas: para Palti, Fontana y otros, el sanjuanino sigue siendo un “intelectual faro” para quien *no* pueden existir “autores menores”. Es decir, *el prejuicio ha prevalecido sobre las supuestas innovaciones historiográficas*. Y, por otro lado, la *práctica concreta* de estas nuevas formas de hacer historia intelectual requiere investigaciones arduas e inciertas en repositorios no tan obviamente acotados como las *Obras completas de...*[un autor canónico], lo cual nos obliga a usar la imaginación para *construir información diferente*, implica más riesgos intelectuales y, por qué no decirlo, también demanda más tiempo del que algunos están dispuestos a dedicarle.

IV. La cuestión de la originalidad

Como primer paso para hablar de la cuestión de la originalidad me es necesario hacer otra precisión. A mí Sarmiento me parece un gran escritor, poseedor de una prosa única. Por eso mismo, y para ilustrar mi opinión, al comienzo de mi ensayo cité a Borges hablando de Sarmiento: “Cualquiera puede corregir lo escrito por él; nadie puede igualarlo”. El *Facundo* es, quien puede dudarlo, excelente literatura.

Ahora bien, como dije al principio de mi respuesta el objetivo de mi trabajo no es hacer un juicio de valor sobre la obra ni sobre su autor, sino tratar de explicar el libro y entender cómo trabajaba Sarmiento, exploración que, como cualquier otra, inevitablemente implica una toma de posición historiográfica: cuestiono la forma en que la crítica dictaminó (sin la investigación necesaria pero con unos cuantos prejuicios) la originalidad de *las ideas principales* que Sarmiento nos presentó en su libro más clásico.

Los comentaristas están en desacuerdo con mis objeciones. En su comentario Palti dice que la genealogía que investigo en mi trabajo “nos permite...trazar el origen de las distintas ideas, motivos y figuras que aparecen en una cierta obra, pero no aún decidir respecto de su originalidad. Para ello es necesario observar cómo los mismos fueron reorganizados y resemantizados en el interior de dicha obra”. En un tono muy

similar Amante dice que “la originalidad no radica solo en la invención de una idea *ex nihilo*: también puede estar en la puesta en relación de ideas preexistentes, en el modo en que se las vincula y en las articulaciones que se montan”.

Estoy totalmente de acuerdo con que “la originalidad no radica solo en la invención de una idea *ex nihilo*”, excepto que Amante no tendría que señalármelo a mí sino a los numerosos estudiosos y comentaristas que, hasta ahora, nos han propuesto que Sarmiento era, como dije al comienzo de mi ensayo, un Adán teórico de la realidad argentina que nada debía a tiempos anteriores (de hecho, como hemos visto, Palti le atribuye la “génesis” de la fórmula). Mi trabajo precisamente exhibe una concepción muy diferente del proceso creativo y de la idea de “originalidad”: no creo que Sarmiento ni ningún otro escritor (o artista, o científico) pueda crear en un vacío. Y esta es una de mis principales objeciones a la desinformada y prejuiciosa crítica: han inventado un Sarmiento ilógico e imposible “original”.

Amante también dice, en una opinión compartida por Palti, que la originalidad “puede estar en la puesta en relación de ideas preexistentes, en el modo en que se las vincula y en las articulaciones que se montan”. Como principio general para evaluar la originalidad de un texto también estoy de acuerdo con ello. Pero antes de considerar esta aproximación es fundamental señalar algo: en esta propuesta, que busca una nueva forma de evaluar la originalidad de las ideas del libro, hay mucho de contradicción. Porque ni a Amante ni a Palti se les ocurrió plantear esto mientras nos propusieron que la originalidad de Sarmiento se podía ver en que él había construido, solo, esa explicación de la Argentina. Si no hubiera sido así haría ya muchas décadas que se habrían puesto a investigar los discursos precursores en la Argentina, y habrían tratado de explicarnos, precisamente, cómo Sarmiento los había “resemantizado” o “reorganizado”. Pero nunca lo hicieron, porque estaban convencidos de que el sanjuanino había desarrollado solo esa explicación (“la fórmula que Sarmiento *originalmente concibió*”¹⁹, ha dicho Palti). Pero, como *la información* que presento no se puede ignorar, y torna imposible sostener ese criterio de originalidad, entonces deciden aplicarle a Sarmiento otro parámetro: *ahora* su originalidad estaría en la forma en que “reorganizó”, “resemantizó”, “en las articulaciones que montó” entre los diversos “tópicos”, “motivos”, etc. ¿Cuál es la motivación principal de este cambio de

¹⁹ Énfasis agregado.

criterio? Parecería que, no importa qué evidencia se les presente, los comentaristas sienten la misma obligación de afirmar que el sanjuanino era original, lo cual, a su vez, sirve para justificar la ortodoxia de sus explicaciones ya publicadas.

No obstante, como dije antes, estoy de acuerdo, como principio general, con este criterio para evaluar la originalidad de un texto, lo cual no quiere decir que piense que sea el caso de *las ideas principales* del *Facundo*. Como ha propuesto Paul Valéry consideramos que un autor es original mientras ignoramos la suma y la calidad de los préstamos que contrajo para realizar su propia obra. Pero si los conocemos es inevitable, por lo menos, repensar esa cuestión. Que la verificación del préstamo por sí mismo no necesariamente constituye falta de originalidad, nadie lo duda, pero es fundamental ver las dimensiones y la forma de él: ¿qué proporción de su trabajo ha tomado prestada? ¿cuánto transformó el autor el material apropiado? ¿en qué medida el autor ha logrado que ese material levantado de otras lecturas deje de ser lo que era para ser otra cosa, es decir, sea propio? Es evidente que aquí entramos en materia opinable. Haciendo uso de ese derecho y a partir de la evidencia generada por la investigación, propongo que no es posible sostener, como ha hecho la crítica hasta ahora, la originalidad de *las ideas principales* del *Facundo* (aun aplicando los nuevos criterios que nos proponen Amante y Palti). Hay muy poco que nos muestre que, a partir de su propia reflexión, Sarmiento haya transformado sustancialmente los significados o contenidos de la fórmula “civilización y barbarie” ni que los haya “resemantizado” o “reorganizado” de una forma diferente: por ejemplo, del mismo modo que lo encontramos en las fuentes, también en el libro aparecen unitarios y federales como civilizados y bárbaros respectivamente; vemos que el conflicto se explica con la misma oposición de ciudad y campo; que, del mismo modo que lo hacían los publicistas unitarios, Sarmiento culpa del estado de barbarie a la inmensidad de la pampa y al aislamiento de los individuos que la habitan, etc., etc. No hay transformación, no hay “reorganización” de los conceptos principales. Lo mismo ocurre con la figura más representativa de la barbarie: volvió a elegir al mismo caudillo, recurrió a la misma categoría de déspota para explicarlo, describió las mismas conductas y, para ilustrarlo, contó las mismas anécdotas.

Es decir, las *ideas centrales* del *Facundo* mantienen una identidad demasiado evidente con las que encontramos en los textos que utilizó Sarmiento para escribir su libro. Para ver mejor esto y también para acercarnos a un balance sobre la cuestión de la

originalidad es útil leer un pasaje de *Recuerdos de provincia*. Al hablar de las acusaciones de plagio contra el deán Funes, Sarmiento dice que

el lector empezó a percibirse en muchos de sus trabajos de que ocurrían frases, períodos, que ya habían sonado gratos a sus oídos, y páginas que los ojos se acordaban de haber visto. Sobre el deán Funes ha pesado el cargo de plagio....²⁰

Sarmiento recrea aquí la experiencia del lector al reconocer un plagio o, para que la palabra “plagio” no asuste a nadie, digamos que acá Sarmiento nos cuenta cómo es la experiencia de un lector cuando percibe cierta ausencia de originalidad en el autor que lee: “páginas que los ojos se acordaban de haber visto”, incluso “frases” y “períodos” que ya había leído en otros autores. Cualquiera que lea con interés crítico las evidencias textuales que presento en mi ensayo puede llegar a tener la misma experiencia que describe Sarmiento. Es decir, si le aplicamos al *Facundo* el método y el parámetro que Sarmiento mismo nos da para evaluar la originalidad de un texto, es posible concluir que *las ideas principales* de su libro no son originales (aquí es importante aclarar que otra cosa es la valoración que Sarmiento hace de esa ausencia de originalidad, lo cual, para él, en principio no solo no es un problema sino que lo ve como “mérito”. Pero eso no le impide ver la falta de originalidad en, por ejemplo, el deán Funes).

Ahora bien, ¿es importante en sí mismo “dictaminar”, como lo ha hecho la crítica hasta ahora, sobre la originalidad o no de las ideas del *Facundo*? No tanto. *Para mí lo más relevante es que entendamos cómo trabajó Sarmiento y, como parte de ello, que tengamos claro con qué supuestos estudiamos su proceso creativo y en qué información nos apoyamos*. La conclusión a la que lleguemos sobre la originalidad o no de las ideas no es tan importante, sino *cómo* llegamos a ella.

V. Cuestiones a considerar en investigaciones futuras

Uno de los aspectos decepcionantes de la participación de Palti y Amante es que no surge de su propia reflexión ninguna contribución para una agenda de investigación futura. No obstante, me parece que hay interrogantes y problemas que deberían plantearse de aquí en más. Para empezar, y como sugiero al final del ensayo, para entender más claramente los orígenes de este lenguaje hay que desplazar nuestra

²⁰ Domingo F. Sarmiento, *Recuerdos de provincia*. Buenos Aires, Losada, 1992, p. 162.

atención de la década de 1840 a las décadas de 1820 y comienzos de la de 1830 e investigar más exhaustivamente cómo aparece y cómo se van desarrollando esta fórmula y su imaginaria, los medios en que esto ocurre y los actores involucrados, etc.; es un proceso que no conocemos; y sospecho que lo presentado en mi ensayo es, apenas, la punta de una madeja que todavía tenemos que desenredar.

Además, creo que la verificación de la existencia de la explicación de civilización y barbarie desde la década de 1820, y como parte del discurso de los unitarios, inevitablemente nos debería hacer reconsiderar la supuesta ruptura y discontinuidad entre los miembros de ese partido y la llamada Generación del 37, cuya magnitud hemos tomado hasta ahora como un hecho indiscutible. Para ilustrar esta cuestión y, al mismo tiempo, para dejar abiertas nuevas vías de exploración, quiero presentar brevemente una especulación sobre la relación entre el discurso unitario y *La Cautiva* de Esteban Echeverría. En un reciente volumen de la *Historia Crítica de la Literatura Argentina*, Cristina Iglesia afirma que con su famoso poema Echeverría “fundó” la dicotomía civilización y barbarie.²¹ Ahora sabemos que no es así. Más aun, el estudio del discurso de aquel partido nos da la posibilidad de pensar en los orígenes unitarios de los temas y motivos alrededor de los cuales se organizó esa obra. Me explico: el discurso unitario implicó no sólo una “barbarización” de los federales sino también su “ranquelización”, variante en la que la barbarie se definía también en función de la imagen de los aborígenes de la pampa (retórica muy atenuada en el libro de Sarmiento, y cuestión que no desarrollé en el ensayo que dio lugar a este debate). El origen más inmediato de este aspecto de la retórica unitaria era su condena a la alianza que Rosas había establecido con los indios para luchar contra la revolución decembrista de 1828 y el papel que aquéllos habían jugado en la decisiva revuelta de la campaña porteña en 1829. Y, como lo hizo con los caudillos, esta retórica insertó a los indios dentro del paradigma de “civilización y barbarie”, y dentro de la oposición partidaria entre unitarismo y federalismo. Por ejemplo, el triunfo de Rosas, decía *La Aurora Nacional*, había transformado a la ciudad de Buenos Aires en “el hogar de la barbarie y

²¹ Cristina Iglesia, “Echeverría: la patria literaria”, en Cristina Iglesia y Loreley El Jaber (comps.), *Una Patria Literaria*. Buenos Aires, Emecé, 2014, volumen 1 de la *Historia crítica de la literatura argentina*, colección dirigida por Noé Jitrik, p. 366.

el ranquelismo”.²² El diario unitario también se refería a la barbarie indígena y federal con una retórica que inevitablemente nos recuerda el poema de Echeverría:

Pasaba una señorita [por delante de los Ranqueles estacionados en la plaza de Lorea]. Iba vestida de *celeste*, y como a los indios se les ha hecho entender que este color es el *distintivo de los unitarios*, arremetieron contra ella y *la desnudaron* (...). En Buenos Aires va entrando con fuerza la moda de las testeras, de los cascabeles, de las plumas de avestruz y demás zarandajas que usan *los salvages*. Es un prodigio ver como el gobierno actual promueve *la civilización*.²³ (énfasis agregado)

Es decir, el discurso unitario ya había insertado en el paradigma de “civilización y barbarie” la imagen de la inocente mujer blanca (unitaria) ultrajada y violada por los concupiscentes salvajes (federales): una cautiva antes de *La cautiva*. Y además está decir que para 1829 y 1830 el desierto no era simplemente un espacio literario con el que se construía una nueva nación, sino que era un espacio con una clara adscripción partidaria: el desierto era federal (la administración rosista era “el gabinete del Salado”). Pero no sólo el tema del poema de Echeverría nos sugiere que, entre sus orígenes intelectuales, deberíamos considerar los discursos unitarios, sino que incluso ciertos aspectos de su retórica habían formado parte del imaginario unitario. Por ejemplo, en el trabajo mencionado, Iglesia dice que los nombres como “Quillán”, “Caniupán” o “Chanil” en *La cautiva* sirven para construir la barbarie, para producir su efecto, para que ésta se escuche.²⁴ Este recurso retórico (aunque no en clave gótica sino satírica) se encuentra también en el discurso unitario: el gobierno porteño era la “Corte de Ancafilu” donde reinaba “Payastruz” (Rosas) y en la que “Catriel” era condestable y “Colilau” gran almirante.²⁵ Por lo tanto, de la misma forma que no podemos explicar el *Facundo* sin examinar los discursos políticos de la década de 1820, habría que considerar la posibilidad de que tal vez tampoco podamos dar cuenta del tema de *La cautiva* ni de su elección por parte de Echeverría sin considerar el paradigma de “civilización y barbarie” como lo acuñó el unitarismo en la década de 1820.

Finalmente, deberíamos comenzar a tomar más seriamente las continuidades entre el discurso unitario de la década de 1820 y el del liberalismo post-Caseros: como

²² *La Aurora Nacional* (de aquí en adelante *LAN*), núm.74, 17 de noviembre de 1830.

²³ *LAN*, núm. 51, 24 de septiembre de 1830.

²⁴ Iglesia, “Echeverría: la patria...”, op. cit., 366.

²⁵ *LAN*, núm.68, 3 de noviembre de 1830, y núm. 75, 19 de noviembre de 1830.

lo proponen algunos colegas, tal vez sean los orígenes partidarios de esta explicación, más que los efectos de la lectura y la difusión del *Facundo*, lo que explique el extendidísimo uso del lenguaje de “civilización y barbarie” en la prensa y en la correspondencia privada de las décadas de 1850 y 1860.²⁶

²⁶ Agradezco las reflexiones de Mariana Alicia Pérez sobre esta cuestión (comunicación personal, octubre de 2014). Además, sobre la circulación del discurso originado entre los unitarios véase su muy revelador “Un baluarte liberal en Entre Ríos: el periódico *La Democracia* de Gualeguaychú (1863-1867)”, en Roberto Schmit (ed.) *Caudillos, política e instituciones en los orígenes de la Nación Argentina. El federalismo entrerriano en el siglo XIX*. Buenos Aires, Universidad Nacional de General Sarmiento, 2015 (agradezco a la autora por compartir conmigo el avance de este trabajo). En el mismo sentido y como otra evidencia de la amplitud de la adopción de este discurso se puede consultar María José Navajas, “Polémicas y conflictos en torno a la Guerra del Paraguay: los discursos de la prensa en Tucumán, Argentina (1864-1869)”, en *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*, coloquios, 2009 (en línea) (agradezco a Mariana Pérez esta referencia). También he documentado este fenómeno en *Los hijos de Facundo*. Entre otras cosas todas estas evidencias no hacen sino que volvamos a replantearnos, por ejemplo, por qué en la década de 1860 actores de ambos partidos hablaban de los liberales como “unitarios” o “salvajes”.